



## XXXV

**H**! La patria, la patria. En ella se contienen todos nuestros recuerdos y todas nuestras esperanzas. De ella se alimenta toda nuestra vida. No hay lugar como el lugar ungido por las lágrimas que le ha costado á nuestra madre nuestro ser. No hay en el planeta aire como el aire que ha recogido los primeros suspiros del pecho, ni templo como el templo donde se han disipado las primeras oraciones del alma. Los primitivos recuerdos que acariciáis; los primeros objetos que miráis; las primeras ilusiones y los primeros amores que sentís; los amigos de la infancia; los próximos parientes que han dirigido vuestros pasos; el libro en que habéis deletreado; el papel de los palotes;

el manjar de vuestros primeros años; la escuela del pueblo; el huerto de la casa paterna; el viejo mueble donde habéis visto dibujarse la sombra de vuestros mayores, todo esto, consagrado por vuestra inocencia, forma como el paraíso de la vida, en que el mal no se conoce ni apenas el dolor. Pero la patria no es solamente vuestro hogar y vuestro pueblo: la patria es vuestra nación. Un agregado de familias, una raza que pone en común sus aspiraciones, sus recuerdos, su historia, sus leyes, no explican la idea de la nación. Es algo más. Es un organismo superior, es una personalidad altísima, es un espíritu más elevado que el espíritu individual y el espíritu de familia; es una dilatación del ser y de la vida. El espíritu nacional ¡ah! lo sentís al través de los siglos; lo veis al través del espacio. El tiempo, la historia, la tierra misma, las afinidades de la raza lo forman, como la física, la química, la biología vivientes del planeta forman y componen los organismos. Explicadme si no por qué preferís vuestra humilde Sagunto á todo el genio de Aníbal; vuestro Viriato á toda la gloria de Roma; vuestro montañés de Roncesvalles

con su cuero al cinto y su primitivo grito de éuscaro en los labios al poder de Carlo-Magno; vuestras toscas milicias castellanas al esplendor de Damasco y de Bagdad; morir con Daóiz y con Velarde á triunfar con Murat y con Napoleón.

Los antiguos sólo veían los muros de su ciudad. Más allá de Cartago, de Tiro, no había sino tierra de conquista, viveros de esclavos. Cuando una ciudad caía, caían sus dioses, sus leyes; y así, á una derrota preferían sus habitantes la muerte. El Dios más espiritual del Oriente era el Dios de la montaña de Sión. Á las orillas de apartado río no volvían sus hijos. Para nosotros, la patria se extiende, se dilata por toda la nación. Y su espíritu, el espíritu nacional, es como una atmósfera que envuelve nuestra alma. Aunque no tuviéramos otra razón para creer en el espíritu nacional, tendríamos la razón del lenguaje. No podéis pensar ni emitir vuestro pensamiento sino valiéndoos de la palabra. Por muy entendidos que seáis en lenguas clásicas ó en lenguas extranjeras no sabéis pensar sino en vuestra lengua propia. Y el uso os obliga á que amoldéis los pensamien-

tos más abstrusos, las ciencias más nuevas, las series de ideas más originales, al genio de vuestra lengua; prueba evidente de que la patria penetra con su ser hasta en lo más profundo de vuestro ser; con su alma hasta en lo más íntimo de vuestra alma. Y todos los pueblos han adorado á sus oradores, á sus poetas, á sus filósofos, á sus escritores de genio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte: traen y conservan el genio nacional. Y este genio se perpetúa á través de los siglos como se perpetúa el carácter. Séneca ha escrito en latín; el último de los abditas ha escrito en árabe; Góngora ha escrito en castellano. Pues son tres poetas hermanos, y sus dramas, sus elegías, sus poemas revelan el mismo genio al través de los siglos; el genio que se evapora de las tierras de Andalucía, de las orillas del Guadalquivir, de las sierras de Córdoba, exuberante, hiperbólico, audaz, pujantísimo, asiático, ardiente como nuestra tierra y como nuestro cielo, como la sangre que corre por nuestras venas, como las pasiones de nuestro pecho, como las tempestades de ideas que estallan tonantes en nuestras encendidas almas.

Pues si desde el aire que respiramos hasta las calidades ó los defectos que tenemos pertenecen á nuestra patria, ¿por qué no amarla con exaltación, con delirio? Todo muere en nosotros cuando muere la nación.

Mirad si no al judío en la historia antigua y al polaco en la historia moderna. Amarga hiel se ha mezclado en su pan. Negra sombra se ha extendido de generación en generación. Pongamos, sobre todo, la patria. Si te olvido, que pierda antes la memoria; si prefiero algo en el mundo á tí, que se me seque el corazón; si profano con malos pensamientos ó con palabras indignas tu armoniosa habla, que se me pegue la lengua al paladar, y que muera mil veces si he de darte un solo dolor ó de inferirte un agravio.

¡España, madre mía!

(De su obra titulada *Historia del movimiento republicano en Europa*. Tomo III.)